

## LA FONTANA DE ORO: TRES DESENLACES PARA UNA NOVELA

Pilar Esterán Abad

*A mi hermano.*

Parece ser que las últimas páginas de esta novela galdosiana están destinadas a suscitar de modo reiterado el interés de la crítica. Después de unos años en los que el acopio paulatino de información permitió elaborar sucesivas hipótesis sobre cuál fue el orden de sus finales (trágico y feliz) y la causa probable del cambio, un oportuno estudio del profesor Walter Pattison nos reveló que la hasta entonces considerada edición *princeps*, datada en 1870, no era otra cosa que una falsificación editorial realizada con fines lucrativos. Se trataba de ejemplares de la edición de 1892 a los que se les había alterado la fecha del pie de imprenta<sup>1</sup>. Así las cosas, quedó como primera edición de esta novela la realizada en la imprenta de La Noguera en 1871 con desenlace trágico. A ésta siguieron dos ediciones también con final trágico publicadas en el extranjero, concretamente en Leipzig, en la imprenta Brockhaus y en los años 1872 y 1883 respectivamente. Estas tres son las ediciones en las que la novela concluye con la muerte de la pareja de enamorados como consecuencia de la ira absolutista que se desata contra ellos después de que Lázaro consigue abortar la conspiración que pretendía asesinar a los principales defensores del liberalismo en 1821. A continuación, la serie editorial nos ofrece una edición sin data, pero que se anuncia como «Segunda edición notablemente corregida», y realizada en la imprenta de La Guirnalda. Luego tenemos una «Tercera edición notablemente corregida», preparada también por La Guirnalda en 1885 y, finalmente, una «Cuarta edición» de La Guirnalda en 1892. En estas tres últimas ediciones la novela de Galdós ofrece un desenlace muy diferente del anterior: Clara y Lázaro consiguen burlar con la ayuda de Bozmediano el cerco absolutista y huyen a Ateca, el pueblo natal del muchacho. Allí se casan, tienen

<sup>1</sup> Para una exposición pormenorizada de toda la argumentación, véase el artículo del profesor Walter T. PATTISON, «*La Fontana de Oro. Its Early History*», *Anales Galdosianos*, XV, 1980, págs. 5-9.

hijos y llevan una vida feliz y productiva al margen de toda veleidad política.

Según el esquema trazado, parece que el cambio en el final de la novela Galdós ya lo había introducido a la altura de 1885, fecha de la primera edición feliz datada. Sin embargo, aún nos quedaba la incógnita de ubicar en esta cronología editorial esa «Segunda edición notablemente corregida» que ya presenta la importante modificación. Muy revelador al respecto resultó la colación del último capítulo de todas estas ediciones. Este análisis nos permitió descubrir que el texto de las ediciones de 1871 y 1883, (la de 1872 no me ha sido posible localizarla, pero tengo entendido que la edición de 1883 es una reimpresión de la de 1872: ambas coinciden en su número de páginas, 370), es idéntico con la excepción de dos variantes que son simples como correcciones lingüísticas:

cabalgata	>	cabalgada
pueda	>	puede

En ambos casos, la primera lectura, la de la edición de 1871, es también la que ofrece el Ms. en los folios 216v y 218r respectivamente.

Por lo que respecta a la «Segunda edición notablemente corregida», el membrete resulta rigurosamente exacto por cuanto en ella, no sólo descubrimos alterado el final de la pareja protagonista, sino que, en lo relativo al texto común con las otras tres ediciones, también se introducen en este momento una serie de variantes que coinciden en su tipología con los esquemas trazados por algunos críticos<sup>2</sup>. Con todo, no queda así establecido el texto definitivo. Para ello hay que esperar a la edición de 1885, que tampoco defrauda cuando se anuncia como «Tercera edición notablemente corregida». En la parte de texto que hemos dado en llamar común, esta edición introduce nuevas variantes que no estaban en la «Segunda edición», y por lo que se refiere a la secuencia específica donde se cuenta el desenlace feliz, también incorpora tres variantes con respecto a lo que era aquella primera redacción de la «Segunda edición»<sup>3</sup>.

<sup>2</sup> Véanse: Yolanda ARENCIBIA, «Voluntad de estilo en Galdós (Estudio de variantes en galeradas)», en *Galdós. Congreso sobre «Fortunata y Jacinta»*, pp. 17-28; Beatriz ENTENZA DE SOLARE, «Manuscritos galdosianos», en *Actas del III Congreso Internacional de Estudios Galdosianos*, 1989, tomo I, págs. 149-163; Alan SMITH ed., (*Rosalía*), Madrid, Cátedra, 1983, págs. 385-438.

<sup>3</sup> La colación de las ediciones manejadas revela las siguientes variantes en la parte de texto común a todas ellas: de encontrar a su tío (1871, 1883) > de ver a su tío (2ª, 1885, 1892-1870); Carrascosa estaba (1871, 1883) > Estaba el ex-abate (2ª, 1885, 1892-1870); el ave vizcaína (1871, 1883) > el avecilla vizcaína (2ª, 1885, 1892-1870); Es la más horrible conspiración\_ (1871, 1883, 2ª) > ¡Es la más horrible conspiración!... (1885, 1892-1870); el poeta ese que vivía (1871, 1883) > el poetaastro que vivía (2ª, 1885, 1892-1870); de muerte a los poetas! (1871, 1883) > de muerte a los copleros! (2ª, 1885, 1892-1870); exclamó el abate (1871, 1883) > murmuró el abate (2ª, 1885, 1892-1870); ¡Maldito zascandil! (1871, 1883) > ¡Maldito cata-caldos! (2ª, 1885, 1892-

Ahora sí que parece Galdós haber logrado el texto definitivo de su novela y así, todas las variantes introducidas en estas dos ediciones «notablemente corregidas» tienen cabida en esa edición de 1892 y, consecuentemente, en los ejemplares que llevan fecha de 1870. Con lo cual, y por otra vía de estudio, hemos venido a parar en la misma conclusión a la que llegara en su día Pattison: el texto de la novela, tal cual se presenta en la supuesta edición de 1870, no existía en aquella fecha.

Desde que en su día el profesor Joaquín Casaldueiro<sup>4</sup> apuntara la idea de que Galdós dudó al escribir el final de *La Fontana*, ésta ha sido una afirmación que se ha mantenido inalterada en todos los intentos de ordenación y de explicación que sobre esos finales se han elaborado<sup>5</sup>. No obstante, basta la lectura del manuscrito de la novela para descubrir que Galdós no vaciló en absoluto en el momento de proceder a la redacción del desenlace de su relato. Muy al contrario, y a diferencia de la genera-

---

1870); al verle llegar, dijo (1871, 1883) > al verle llegar, le dijo (2ª, 1885, 1892-1870); Una vez fuera (1871, 1883) > Una vez que estén fuera (2ª, 1885, 1892-1870); Yo sé que le buscan (1871, 1883) > Sé que le buscan (2ª, 1885, 1892-1870); Mucho cuidado. (1871, 1883) > Mucho cuidado... (2ª, 1885, 1892-1870); preguntó la joven (1871, 1883) > preguntó la sobrina de Coletilla (2ª, 1885, 1892-1870); consiste en un parasismo (1871, 1883) > consiste en un paroxismo (2ª, 1885, 1892-1870); en que la persona (1871, 1883) > durante el cual la persona (2ª, 1885, 1892-1870); y la predisposición a los (1871, 1883) > y el hábito de los (2ª, 1885, 1892-1870); los extraños incidentes (1871, 1883) > los peregrinos incidentes (2ª, 1885, 1892-1870); quizá ella (1871, 1883) > quizás ella (2ª, 1885, 1892-1870); Ya he cerrado (1871, 1883) > Ya cerré (2ª, 1885, 1892-1870); ladró de un modo que (1871, 1883) > ladró en un tono que (2ª, 1885, 1892-1870); mientras esté yo aquí. (1871, 1883, 2ª) > mientras esté yo. (1885, 1892-1870); tener algún mal encuentro (1871, 1883, 2ª) > tener algún encuentro (1885, 1892-1870); la diligencia para Alcalá (1871, 1883, 2ª) > una diligencia para Alcalá (1885, 1892-1870); están Vds. seguros. (1871, 1883, 2ª) > están ustedes seguros... (1885, 1892-1870); Sí, señor, \_dijo ésta, pero hay (1871, 1883) > Sí, señor; pero hay (2ª, 1885, 1892-1870); abandonar; despidiéronse (1871, 1883) > abandonar. Despidiéronse (2ª, 1885, 1892-1870); armado de un fusil (1871, 1883) > armado de fusil (2ª, 1885, 1892-1870); la ronda a tomar (1871, 1883, 2ª) > la ronda para tomar (1885, 1892-1870); podía recibir (1871, 1883, 2ª) > podría recibir (1885, 1892-1870); con orden expresa (1871, 1883) > con orden terminante (2ª, 1885, 1892-1870); y apaleó al realista (1871, 1883) > y vapuló al realista (2ª, 1885, 1892-1870); que lo mató (1871, 1883, 2ª) > que le mató (1885, 1892-1870); Y las tres señoras de Porreño (1871, 1883, 2ª) > Y las señoras de Porreño (1885, 1892-1870); su pasión, el recogimiento de su vida, la circunstancia (1871, 1883) > su pasión, hay que reconocer que el recogimiento de su vida y la circunstancia (2ª, 1885, 1892-1870); anomalías de su juventud (1871, 1883, 2ª) > anomalías de la juventud (1885, 1892-1870); Fue niña (1871, 1883, 2ª) > Fue una niña (1885, 1892-1870).

En lo relativo a las variantes dentro de la secuencia que narra el final feliz descubrimos: hicieron juntos a un lugar (2ª) > hicieron a un lugar (1885, 1892-1870); supo allegar (2ª) > pudo allegar (1885, 1892-1870); en todo el transcurso (2ª) > en el transcurso (1885, 1892-1870).

<sup>4</sup> Véase Joaquín CASALDUERO, *Vida y obra de Galdós (1843-1920)*. Madrid, Gredos, 1951.

<sup>5</sup> Véanse: Florian SMIEJA, «Alternative ending to *La Fontana de Oro*, *Modern Language Review*, 61, 1966, págs. 426-433; Joaquín GIMENO CASALDUERO, «Los dos desenlaces de *La Fontana de Oro*: origen y significado», *Anales Galdosianos*, Anejo, 1976, págs. 55-69.

lidad de los manuscritos galdosianos, donde los vueltos de las cuartillas dan constancia de versiones primitivas o de secuencias desechadas, el autógrafo de *La Fontana* aprovecha rectos y vueltos en la elaboración lineal del texto, y sorprende constatar que entre los ff. 216r y 218v, (que son los que acogen el desenlace trágico), no existe ni una sola tachadura significativa, todo lo más, algún ligero balbuceo que se subsana inmediatamente. De todo ello dará fe al lector la transcripción de dichos folios que incorporamos a continuación<sup>6</sup>:

(...) y el coche partió por la ronda a tomar la carretera de Aragon.

Lázaro miraba por la portezuela con la mayor inquietud porque le pareció <que> sentir la carrera de un caballo tras de sí. Efectivamente venía un jinete detras como en seguimiento del coche. El coche iba muy aprisa y el jinete tambien. Tal vez sería un caminante cualquiera que iba detras del coche, porque el coche iba delante de él. Lázaro se volvió a asomar, ya no era un jinete eran dos. La inquietud de Lázaro se aumentó y comunicó su sospecha al criado que ya estaba tambien algo inquieto. Clara temblaba, y asia fuertemente á <Lázaro> /su amigo/ por el brazo. <De>

<La> El coche atravesó el Prado, subió la calle del Pósito, salió <por la ronda de Alcalá y> /por la puerta de Alcalá y/ siempre los caballos detras. Algo mas allá de la puerta vieron los del coche que dos de los jinetes, apresurando la carrera se adelantaron pasando junto al coche. A Clara le pareció que veía pasar una cabalgata de demonios. El coche seguía, y los jinetes que iban delante, al hallarse á alguna distancia, se paraban como <esperab(an)?> esperando el coche. Los de detras seguían la marcha de esto.

Poco distaban de las ventas del Espiritu Santo, cuando una voz gritó alto. El criado de Bozmediano preparó su fusil, y asomó por <el> la portezuela. Lázaro rabió al verse sin un arma. Clara se <la ha> habia abrazado á él sin dejarle libre ningun movimiento. <Una de las> /En el momento en que sonó la voz de alto una de las/ mulas, herida mortalmente por una mano desconocida cayó al suelo. El coche paró repentina y violentamente. El zagal disparó su trabuco. Lázaro vió en derredor del coche á un hombre á caballo y otro á pié, que tenía en una mano las bridas de un caballo y en la otra la navaja con que habia herido a la mula.

Lázaro se vió ya perdido, <Clara> comprendió que le habian cogido en un lazo los <que> /infames, que/ habian ideado una venganza terrible por <xxx> ser él quien frustró el plan del complot contra los individuos amigos de Bozmediano. Era preciso defenderse. El criado bajó. Apenas puso pié en tierra, <una> dos manos vigorosas se apoderaron de él <y le acogotaron,> <le> <fuertemente> desarmándole inmediatamente. Los que a

<sup>6</sup> La transcripción está realizada a partir de la edición facsimilar del manuscrito de la novela que realizó Pedro ORTIZ ARMENGOI en 1990. Los signos convencionales utilizados fueron:

<xxx>: indican una tachadura ilegible.

< >: encierran una tachadura recuperable del manuscrito.

/ /: si van precedidas del signo anterior, abarcan la o las palabras que han sustituido a la tachadura previa; si no van precedidas de tachadura, indican una adición interlineada del manuscrito.

En las transcripciones hemos conservado la ortografía y acentuación originales del autógrafo.

caballo venían detrás llegaron y echaron pié a tierra. Eran tres, tres más. <En> El cochero y el zagal dispararon dos tiros y esgrimieron sus terribles navajas. Lázaro abrió la portezuela para salir también; pero cuando aun no tenía más que la mitad del cuerpo fuera, una figura, uno de los que habían venido a caballo detrás, un hombre pequeño <flaco y> y flexible se abalanzó hacia el con salto de tigre, y exclamó:

—Delator!

A este grito <le> hirió á Lázaro en el pecho, con horrible acierto y seguridad. Lázaro <no> pudo exhalar un grito de dolor; pero no palabra, <ni palabra> alguna. Coletilla tenía un puño admirable. Cuando Lázaro cayó hacia dentro arrojando sobre el seno de la pobre Clara su cabeza, ya sin pensamiento y sin vida, aquella infernal comitiva <volvió> montó otra vez con presteza sus infernales caballos; y picando espuelas corrieron hacia las ventas como exhalaciones. Uno de ellos, no el que había herido a Lázaro, cayó a los pocos pasos, muerto ó muy mal herido por un balazo que le propinó el cochero. Los demás no hicieron caso y corrieron como demonios llevados por la tempestad. Su <prin(cipal)> /único/ objeto estaba realizado.

Bozmediano, revelador y aclarador de esta historia me contaba que en toda su vida no pudo librarse de los remordimientos que este fin desastroso le producía. Por él <det(erminó)> /se determinó/ la partida de Lázaro. El les obligó á marcharse aquella noche. Si no hubieran partido, tal vez el joven no hubiera muerto.

Estos razonamientos le mortificaron toda su vida, y aun le mortifican (porque aun vive, aunque ya muy viejo y <con un> no con tan buen humor como en 1821) Pero se consolaba un tanto al cosiderar que no por dejar de partir aquella noche, hubiera dejado Coletilla de realizar su infame propósito. Coletilla era un hombre que poseía <los> el (sic) alto grado, la astucia y constancia. El se propuso castigar la delación de su sobriño, y si se lo propuso, /solo/ fuerzas sobrehumanas <solo> se lo hubieran impedido. El estaba en acecho. Bozmediano quiso burlarle; esta fué su falta. No contó con los cien ojos de aquel Argos, ni con su admirable <xxx> prevision. Coletilla era faccioso, era guerrillero, era absolutista, se había educado con frailes, y perfeccionaba su admirable instinto en el ejercicio laborioso de las camarillas reales.

Decía también Bozmediano (y al contar esto se ponía siempre muy triste) que <cuando se enteró> jamás había padecido tanto como presenciando la agonía de Clara que sobrevivió solo cuatro días a su desventurado amigo. Cayó en un profundo marasmo interrumpido por espantosos delirios. Reproducía la fatal escena, gritaba pidiendo socorro, y después <xxx> <llam(aba)> /llamaba/ con un quejido lastimoso como los niños abandonados <de todo el mundo, que ni comprenden su desgracia> <se lamentan> cuando buscan por esas calles a cualquiera que <por un instante> pueda parecerse á un padre ó a una madre. El día antes de morir estuvo completamente privada de sentido. El alma al parecer se había ya marchado impaciente, y <aun sin ella el cuerpo cont(inuó)> /ella la vida continuó/ <con> /latiendo con/ mas lentitud cada vez hasta que al fin se <encontró sola, y se paro> /sorprendió de encontrarse sola y se paró./

—No sé /decía Bozmediano/ <como> /de que manera/ considerar la vida de aquella infeliz, que parecía haber venido al mundo para ser una prueba viva del extremo á que pueden llegar las desdichas humanas. <No> /Apenas/ conoció padres: no tuvo hermanos. Creció en poder de un loco, agena á las <bellas> expansiones y regocijos de la vida. Casi casi no pue-

de esto llamase una gran desventura. Acaso el pajarito que nace y se cria en jaula, conoce los gozes (sic) de la libertad? Pero es verdad que Clara los conocia, los probó, como si la Providencia, quisiera fundar en aquella muestra, un tormento para lo <xxx> futuro. En fin, estas grandes desdichas aturden y /le/ hacen a uno pesimista, y hasta filosofo. <Si no> Cuando uno piensa en estas cosas, se va al cielo. Y en verdad, amigo, si no hubiera Cielo, sería preciso crearlo para ella.

Tambien me habló Bozmediano de Coletilla (y al contar esto se <le veia muy> /ponia muy/ satisfecho) Parece que este hombre escentrico, <y> recibió el mas horrible castigo que, dado su caracter podría un hombre recibir. El Rey le despreció despues del triunfo de 1830 (sic). Un dia se empeñó Coletilla en ver al Rey, venia de la faccion, habia luchado por el absolutismo, como semejante hombre podia luchar por semejante cosa. Fernando que tenia entre sus muchos vicios el de la ingratitud, mandó bajara espresamente el lacayo de uno de sus ayudas de camara, con orden espresa de apalear a Coletilla donde quiera <que> /que/ le encontrara. Bajó el lacayo y apaleó al realista. Asi pagan los tiranuelos. Elias se fué a su casa y se murió de tristeza. El absolutismo le mató. Algunos dijeron que se habia dejado morir de hambre, otros que se habia vuelto loco, otros, <que lo habian> lo que hemos dicho, que lo mató una profunda hipocondria.

—A que no acierta V. lo que he visto hoy? me dijo Bozmediano mucho tiempo despues de escrita esta historia, y precisamene cuando yo habia perdido la esperanza de saber en que habian parado las tres nobilissimas damas de Porreño.

—Que?

—He visto a D<sup>a</sup> Salomé. Si, iba del brazo con su marido que no es otro que D<sup>o</sup> Gil Carrascosa, exabate y excovachelista. Parece que son ricos. Quien habia de creerlo? D<sup>o</sup> Gil, Salomé. Escusemos todo comentario. Despues por D<sup>o</sup> Gil he sabido que Paz estaba en Segovia, donde se retiró huyendo de su sobrina: alli creo que puso una casa de huespedes, con lo cual vive honradamente creo. La desdichada D<sup>a</sup> paulita <sig(ue)?> padece de catalepsia. Este mal lo adquirió desde niña: los éstasis eran ligeros ataques de esta enfermedad. Por último y a consecuencia de aquella violenta pasion, adquirida en el hastio <y> de su casa y en el misticismo de sus habitos espirituales, <esta enf(ermedad)?> estos ataques han llegado a ser mas frecuentes y mas graves.

—Que singular pasion aquella, le dije otro dia /mas tarde, recordando esta historia/.

—No me estraña, contestó Bozmediano. El recogimiento de su vida, (...)

*Diciembre de 1868.*

Hecha la excepción de algunas variantes estilísticas, el texto coincide con el que ofrecen las tres ediciones que conservan el final trágico: las de 1871, 1872 y 1883. Tan sólo la noticia del Ms. que presenta a D. Gil y Salomé casados y ricos ha desaparecido en la versión impresa.

Pero si el fatal desenlace está contado en el Ms. con el igual nervio y celeridad que en el impreso. Éste ofrece una novedad fundamental respecto de aquél. Justo antes de que se produzca la llegada de Bozmediano a casa de Pascuala para planear con Lázaro la huida de la pareja, las ediciones trágicas suspenden el relato de los acontecimien-

tos e introducen una larga digresión del narrador absolutamente reveladora:

Al llegar a este punto de nuestra historia, el autor se ve en el caso de interrumpirla para hacer una advertencia importante. Había escrito la conclusión y desenlace del modo más natural y lógico, creyendo que era buen fin de jornada para aquellos amantes, el casarse después de tantas amarguras y vivir en paz, y mucha felicidad y muchos hijos. Esto, en su entender, se avenía mejor que nada a las condiciones artísticas que quiso dar a su libro. Pero desgraciadamente la colaboración de un testigo presencial de los hechos que vamos refiriendo, le obligó a desviarse de este buen propósito, dando a la historia el fin que realmente tuvo<sup>7</sup>.

Una lectura literal de esta digresión, que insisto no existe en el Ms., fue precisamente la que dio pie a creer durante mucho tiempo que la primera edición de *La Fontana* debía presentar un final feliz. Sin embargo, habida cuenta de que los hechos desmienten tal interpretación, hemos de buscar un nuevo sentido a esta estrategia galdosiana. Pienso que se trata de un subterfugio narrativo de Galdós para reiterarse en su idea de que este final trágico era el adecuado para el relato tal y cómo se había ido configurando. Muy probablemente don Benito se planteó de antemano el reproche que luego le haría su amigo José Alcalá Galiano, a saber: que este final catastrófico no sería del gusto del público, y que los lectores culparían al autor de haberlo querido<sup>8</sup>. Por ello, quiso curarse en salud y trasladó la responsabilidad narrativa de estas últimas páginas a Claudio Bozmendiano, haciéndole aparecer como autor de «un apunte» que nuestro narrador se habría limitado a copiar. Si realmente llegó a albergarse la duda en la mente del novelista, ésta no surgió en el momento de la creación, sino en el de la publicación.

Sin embargo, y esperando no caer en dogmatismos, soy de la opinión de que, a la altura de 1871, Galdós estaba convencido de que sólo el final trágico podía culminar su novela, porque él así lo había planeado desde el principio del relato<sup>9</sup>.

Lugar común de la crítica ha sido el afirmar que tanto en una como en otra versión, asistimos al fracaso de los ideales políticos del joven

<sup>7</sup> Cito por la edición de 1871, págs. 403-404. La acentuación ha sido modernizada. Al generoso interés del profesor Sergio BESER, que me facilitó fotocopias de un ejemplar de su propiedad, debo el haber tenido acceso a esta *princeps* galdosiana.

<sup>8</sup> Me refiero a la reseña de José ALCALÁ GALIANO, «*La Fontana de Oro* —novela histórica original de don Benito Pérez Galdós—», *Revista de España* (Madrid), 20, 13 de mayo de 1871, págs. 148-158.

<sup>9</sup> Ya Walter T. PATTISON en su *art. cit.*, pág. 7, asegura que el profesor Stephen GILMAN le dio noticia de que el Ms. traía el final desgraciado, pero no añade nada más. Por su parte, Joaquín GIMENO CASALDUERO, *art. cit.*, pág. 58, disiente de las valoraciones que hace Smieja en su *art. cit.* y asegura que, en absoluto, es inferior la calidad literaria del final desgraciado respecto del desenlace feliz. Pedro ORTIZ ARMENGOL, en el estudio que acompaña a su edición facsimilar ya mencionada, pág. XIX, al referirse a las cuartillas que nosotros hemos transcrito habla de que «El lector podrá juzgar la belleza y el dinamismo de estas cuatro o cinco cuartillas finales».

Lázaro. Nada hay más alejado del sentido de esta novela, donde, sea cual fuere el desenlace que se considere, nos hallamos ante un héroe intrahistórico que, si bien es cierto nunca logrará un reconocimiento universal, ha prestado un servicio decisivo a su patria desarbolando la conspiración absolutista.

Más aún podemos decir. Revisando el Ms. en el f. 35r. y v., encontramos dos párrafos tachados de extensión considerable. Allí leemos entre otras cosas:

[...] Que bien le parecía ... muriendo voluntariamente por conseguir la victoria! Cuanto le gustaba la noble entereza de los Gracos amantes del pueblo! Cuanto admiraba el heroísmo de Leonidas, del cual veía un <fiel>/fiel/ trasunto en los espartanos de Zaragoza. Pues y Camilo y Junio Bruto y Marco Aurelio? Pero nada llegaba a la grandeza de Demostenes [...]

La mención explícita que hace Lázaro de héroes de la historia como los Gracos y Leónidas nos dibuja a nuestro personaje como una criatura que desde el comienzo manifiesta una particular tendencia al sacrificio personal en aras del ideal. Y aquí no podemos menos de relacionar esta actitud con la obsesión que las figuras de los Gracos ejercerán en la mente de aquel D. Patricio Sarmiento de la segunda serie de «Episodios Nacionales». *El Grande Oriente* abre sus páginas con una peculiarísima lección magistral, impartida por tan famoso personaje, sobre dicho período de la historia romana. Las referencias a tales héroes clásicos serán una constante en boca de Sarmiento, y estas recurrencias funcionan como marco caracterológico que cobra pleno sentido cuando Galdós decide convertir a su criatura en la víctima propiciatoria de la reacción absolutista en *El terror de 1824*.

No cabe duda de que Lázaro comparte con Sarmiento esa misma vocación de sacrificio que en ambos textos se ha logrado con idéntico recurso narrativo. He indicado que la secuencia relativa a Lázaro está ya desechada en el Ms., pero tal decisión estuvo motivada por cuestiones estilísticas: Galdós se percató de que había incurrido en el vicio mostrenco de enumerar una serie de grandes personajes de la historia acompañados de su cualidad más representativa, y efectuó una poda de estilo. Sin embargo, tal caracterización de su protagonista se mantiene en las versiones impresas, donde en el capítulo XVIII, titulado: «Diálogo entre ayer y hoy», podemos leer:

—Y todos esos héroes —se atrevió a decir el preso (Lázaro) después de meditar—, todos esos héroes, santificados por la Historia, que viven en el recuerdo de los buenos y serán siempre orgullo del género humano; todos éstos que han vivido por la Libertad, que han muerto por ella, mártires deshonrados en su último día por la mano del verdugo, pero enaltecidos después por la Humanidad..., ¿no quiere usted que yo los ame? Yo les venero; mi pequeñez no me permite imitarles; pero por tener ocasión de parecerme a ellos diera toda mi vida, lo confieso<sup>10</sup>.

<sup>10</sup> Véase: *La Fontana de Oro*. Madrid, Alianza, 1988, págs. 167-168.



Con el desenlace trágico el personaje de Lázaro logra la plena realización en un doble sentido. Por un lado, supone la consecución de su más profundo anhelo; por otro, permite al autor castigar como se merece a ese radicalismo liberal que encarna Lázaro. Es la actitud implacable de Galdós para con los seres incapaces de alcanzar una apreciación exacta de las fuerzas de la realidad: Martín Muriel, Pepe Rey, Daniel Morton <sup>11</sup>.

Añadamos, además, que esta novela ofrece un ejemplo de configuración en paralelo para la peripecia vital de los dos amantes, llegándose a alcanzar una perfecta sincronización en los trances angustiosos de sus vidas respectivas; como cuando coincide el momento de ingreso en prisión de Lázaro con el instante en que Clara es trasladada a casa de las Porreño. De alguna manera el sino de cada uno de estos personajes proyecta su influencia sobre el otro haciendo imposible una diversidad de destinos. Y lo que descubrimos referente a Clara es que en el capítulo V, titulado: «La compañera de *Coletilla*», menudean adjetivos tales como: «pobre», «desventurada», «triste», «infeliz»... Tal caracterización nos dibuja una especie de Cenicienta que, lamentablemente, no hallará un príncipe redentor y morirá de dolor, según leemos en la relación que nos ofrece Bozmediano. Clara es el personaje femenino modelo de una serie que, pasando por figuras como María Candiola, Gloria, y Marianela, llega hasta Fortuna. Son todas mujeres que, como se indica a propósito de una de ellas, «mueren de nada» <sup>12</sup>. No hay causa fisiológica que explique sus muertes. Es la suya una muerte buscada deliberadamente por el autor, que pretende de este modo trascender el sentido literal del texto y dotarlo de intención simbólica.

No quisiéramos concluir este trabajo sin recuperar nuevamente la cuestión de cuándo y por qué introdujo Galdós el cambio polémico, a fin de intentar procurarle una solución. Ha quedado establecido de que, a la altura de 1885, las ediciones de la novela ya habían incorporado el final feliz, pero continuamos teniendo una «Segunda edición notablemente corregida», que, según la colación efectuada, es anterior en la cronología a la de 1885 y que ya ofrece dicho desenlace feliz. Por tanto, si 1885 funciona como término *ad quem* en esta datación, nosotros proponemos la fecha de 1879 para el término *a quo*. Y lo hacemos convencidos de que el final feliz de *La Fontana* no pudo escribirse antes de «noviembre-diciembre de 1879», fecha de composición del último «episodio»

<sup>11</sup> Muy explícitos resultan los comentarios de Juan LÓPEZ-MORILLAS en su artículo: «Historia y novela en el Galdós primerizo. En torno a *La Fontana de Oro*», *Revista Hispánica Moderna*, XXXI, 1965, n.º 1-4, págs. 278-279 y de Guillermo ARAYA en «*La Fontana de Oro* de Galdós: cien años de lucidez política», *Estudios Filológicos*, VIII, 1972, págs. 89-104. Por su parte, Germán GULLÓN en su artículo «La imaginación galdosiana: su función y posible clasificación» en *Actas del II Congreso Internacional de Estudios Galdosianos*, 1980, tomo I, págs. 155-170, concretamente en la págs. 160, cuando se refiere a Lázaro, lo clasifica entre «los personajes de imaginación romántica» y lo caracteriza como «personaje, que nunca acierta a reconocer la realidad por lo que es»

<sup>12</sup> Esta es toda la explicación que Agustín MONTORIA encuentra a la muerte de su amada, María Candiola, y así se puede leer en *Zaragoza*, Madrid, Alianza, 1992, págs. 182.

de la segunda serie: *Un faccioso más... y algunos frailes menos*. Léanse con atención las últimas páginas de este relato y se descubrirá que el desenlace feliz de Lázaro y Clara es reflejo de lo que en ellas se nos cuenta sobre cómo espera acabar sus días Salvador Monsalud en compañía de Solita Gil de la Cuadra. Tan sólo cambian los nombres de los personajes y del lugar al que se retiran: los Cigarrales en *Un faccioso* y Ateca en *La Fontana*.

En aquella memorable conversación que cierra el «episodio» entre el bueno de don Benigno Cordero y Monsalud<sup>13</sup>, descubrimos a un Salvador cansado, decepcionado, que abandona la lucha política y traslada el testigo a las nuevas generaciones, dispuesto sólo a llevar una existencia tranquila y productiva. Es lo mismo que se nos cuenta de Lázaro. Pero subsiste entre ambos relatos una diferencia fundamental. Diferencia que impide que lo que resulta adecuado en el «episodio» no lo parezca tanto en la novela. Monsalud y Lázaro son personajes con muy pocos puntos en común, si bien ambos se desenvuelven en el mismo período histórico, los caracteres que les atribuye el autor son radicalmente diferentes. Monsalud, más frío, más racional y calculador, nunca se dejará arrastrar por los extremismos apasionados a los que se inclina Lázaro<sup>14</sup>. Además, cuando toma esta decisión, el protagonista de la segunda serie ronda la cuarentena y lleva casi veinte años de esfuerzos malogrados en aras del liberalismo. En cambio, Lázaro, al llegar a Madrid, es un muchacho de veinte años inexperto, y a lo largo de la novela no asistimos a una variación sustancial en su carácter. La transformación psicológica que habría sido imprescindible para que resultara aceptable su desenlace feliz queda escamoteada en el relato.

Quizá el comentario más atinado respecto a una probable causa de este cambio desafortunado lo apuntara en su día *Clarín* cuando señaló que «*La Fontana de Oro*, aunque bien acogida, no tuvo por lo pronto todo el éxito que merecía, y muchos no la leyeron hasta que la fama del autor fue creciendo, gracias a los «Episodios Nacionales»<sup>15</sup>. Resulta más que admisible la idea de que sobre la recepción de sus primeras novelas pesó el éxito de los «Episodios», y no tendría nada de particular que don Benito, que ya había manifestado sus recelos sobre el efecto que en el público pudiera suscitar un final de jornada tan lastimoso, se decidiera a sustituirlo por otro que traía avalado su éxito. Tampoco debemos olvi-

<sup>13</sup> Véase: *Un faccioso más... y algunos frailes menos*, Madrid, Alianza, 1976, págs. 204-205.

<sup>14</sup> Recordemos a este propósito la actitud tan distinta que uno y otro adoptan en relación con las logias revolucionarias que proliferaron en el «trienio liberal». Frente al entusiasmo irreflexivo de Lázaro, empeñado en hacerse oír en el café de La Fontana, Salvador participará en las logias de El Grande Oriente y de Los Comeneros con la única intención de salvar la vida del padre de Solita. Véase *El Grande Oriente*, Madrid, Alianza, 1992.

<sup>15</sup> Véase el folleto que Leopoldo ALAS publicó en 1889 con el título: *Benito Pérez Galdós*. Hoy puede consultarse como un capítulo del libro preparado por Juan López-Morillas, *El Krausismo: estética y literatura*, Barcelona, Labor, 1970, págs. 225 y ss.

dar que Galdós, para su edición ilustrada (1881-1885), revisó y corrigió «notablemente» los textos de los veinte primeros «episodios». Queda confirmado que en los primeros años de la década de los 80, coincidiendo con lo que él llamó su «segunda o tercera manera» en el arte de novelar, el escritor vivió un período de revisión y reflexión sobre sus creaciones anteriores, que le ayudaría a establecer relaciones entre unas y otras ficciones.

